



Sergio Micco Aguayo (1)

24/08/2010
Política
Política con la
naturaleza

24/08/2010
Política
La Nueva
Institucionalidad
Ambiental: La
Superintendencia del
Medio Ambiente y el
Servicio de Evaluación
Ambiental

17/08/2010
Política
Nueva Institucionalidad
Ambiental: El Ministerio
del Medio Ambiente

11/08/2010
Economía
La pobreza y la
distribución del ingreso
en Chile

09/08/2010
Sociedad
Exclusión social,
delincuencia y barrios:
Ir más allá del control
del delito

Acerca de

Este informe ha sido preparado por el Consejo Editorial de asuntospublicos.ced.cl.

©2000 asuntospublicos.ced.cl.
Todos los derechos reservados.

Se autoriza la reproducción, total o parcial, de lo publicado en este informe con sólo indicar la fuente.

1. Introducción

Alabamos el impresionante avance de la humanidad este último medio siglo. Nos admiran la esperanza de vida alcanzada y la riqueza material generada a partir de las revoluciones de la medicina y de la industria. Sin embargo, "el calentamiento global de la atmósfera y los cambios climáticos, el adelgazamiento de la capa de ozono, la pérdida de la biodiversidad, la disminución de la masa vegetal, el avance de la desertificación" nos inquietan hasta el insomnio universal (2). En este último decenio nuestra bella Latinoamérica ha visto como se ha degradado aún más su naturaleza, contrariando los tratados y convenios suscritos, Un agudo observador sostiene que nuestra nación, parece vivir en un "vacío" territorial ignorando su impresionante entorno natural, que es raíz esencial de ese "Chile fértil, provincia señalada en la región antártica famosa..." (3). ¿Por qué los humanos de hoy parecemos llevarnos tan mal con nuestra naturaleza externa de siempre?

El presente informe de Asuntos Públicos quiere pensar esta pregunta recurriendo a la política occidental a la que acusaremos de experimentar una histórica despreocupación por el medioambiente. Ciencia práctica que ha sido adjetivada como rectora por incluir en su quehacer la consideración de todos los bienes humanos. Ella es la encargada de ejercer el arte del gobierno de los asuntos humanos en aras del bien común. Así es esencialmente una actividad entre humanos que dice relación con la mejor forma de organizar la vida en sociedad (4). Ahora bien, si lo anterior es cierto y la política no incluye entre sus tareas la conservación del patrimonio natural, ¿nos debemos extrañar que este elemento central de la sustentabilidad sea un punto ciego de nuestro desarrollo? En efecto, la relación de esta actividad, eminentemente intersubjetiva, con el resto de la coalición de seres vivos ha sido históricamente desatendida, tanto en la teoría como la práctica. Aristóteles toma distancia de la animalidad que habita en nosotros y nos proclama políticos, dia-lógicos y orientados a la inmortalidad. Más aún, los primeros viajes interplanetarios fueron vistos como el primer "paso de la victoria del hombre sobre la prisión terrena" y que la "la humanidad no permanecerá atada para siempre a la Tierra" (5). La conciencia de los tiempos modernos ha comprendido que éste ha sido un gravísimo error que puede llevarnos a una hecatombe civilizatoria final.

En consecuencia, lo civilizado es volverse reflexivamente a lo natural, presente en nosotros y en toda la vida no humana. Decimos reflexivamente, pues se trata de una conciencia humana que se autocritica y se vuelve cuidadosa y avergonzadamente a su naturaleza externa. Eso sí, sin caer en una adoración cuasi religiosa del planeta Tierra y, simultáneamente, en una profanación de todo lo grande y elevado que hay en la condición humana (6). Nuestra tarea es dejar a las nuevas generaciones un mundo renovadamente limpio y embellecido. No buscamos promover "una actitud regresiva ni bucólica, sino una que acepta el reto de humanizar la civilización tecnológica sin tener que renunciar por ello a sus éxitos" (7). Como señala el filósofo español Carlos Díaz no es terracentrismo, zoologismo ni ecologismo sino que "personacentrismo, lo cual no concede al hombre derecho a la devastación" (8).

En suma el presente informe, junto con presentar este grave vacío conceptual de la concepción política occidental, busca ayudar a fundar el esfuerzo que hace el Centro de Estudios del Desarrollo (CED), en un continente tan grande en belleza y riqueza de su naturaleza, como pobreza de su humanidad: la conservación productiva.

Atenas

Cuando en los años cincuenta del siglo pasado, en la Universidad de Puerto Rico, el filósofo chileno Jorge Millas exponía a sus alumnos la historia espiritual de Occidente, sostenía que tres eran las fuentes de las cuales bebía esa parte de la humanidad (9). Occidente tenía un espíritu que le daba forma y dirección a su historia. Esta región del mundo estaba marcado "por una cultura racional, es decir, por una voluntad de conocimiento y de convivencia intersubjetivamente regulada" que "culmina con el ideal moral del hombre que es fin y no medio, ni siquiera medio de los hombres mismos" (10). Esta razón puesta al servicio del humanismo nació del encuentro de griegos, romanos y judíos (11).

Hablar de la política en los griegos es ir a Sócrates, Platón y Aristóteles. Volvamos a los Libros II y III de la República. Un Platón maduro nos relata el diálogo de su inmortal maestro con Trasímaco, Glaucón y Adimanto. Deliberan acerca de la justicia en la ciudad ideal. Contra Trasímaco, quien sostiene que la justicia es lo que conviene al más fuerte, Sócrates reclama un Estado justo que satisface las necesidades básicas de los seres humanos y que es dirigido por hombres sabios. Estos guardianes de la comunidad han de ser inteligentes, eficientes y preocupados por el Estado que aman. No deben ser seducidos por la violencia ni el placer. Con prudencia, valentía, moderación y justicia deben fundar y conservar la ciudad de los hombres. Aristóteles reclamará, con Platón, que la política es la más alta ciencia humana pues se preocupa por el bien común. Pero, a diferencia de su maestro, dirá que es actividad de hombres libres e iguales, por lo cual no procede el paternalismo de los aspirantes a filósofos reyes que infantilizan, esclavizan o domestican a hombres y mujeres. En suma, para los griegos la política es una actividad noble y difícil de hombres al servicio de los hombres.

¿Y qué pasaba entre la política y la naturaleza no humana? Nada. O más bien poco, pues aparece como un territorio que hay que pastorear, cultivar y defender de la codicia de los vecinos. Hay un momento en que Sócrates habla de un mito que ha de ser contado como una mentira noble, regia, para favorecer la vida pacífica en sociedad. Entre otras cosas se trata de educar a los ciudadanos de un modo tal que crean que "habían estado en el seno de la tierra, que los había criado y moldeado, tanto a ellos mismos como a sus armas y a todos los demás enseres fabricados; y, una vez que estuvieron completamente formados, la tierra por ser madre, les dio a luz Y por ello deben ahora preocuparse por el territorio en el cual viven, como por una madre y nodriza, y defenderlo si alguien lo ataca, y considerar a los demás

ciudadanos como hermanos y como hijos de la misma tierra" (La República, Libro III; 415). Un viejo y fecundo tópico: somos hijos de la madre tierra: mapuches o adanes.

Roma

Si Atenas tiene por maestros a Sócrates, Platón y Aristóteles, Roma pone en ese sitio a Marco Tulio Cicerón. Para el romano la política supone la valentía por trabajar por la conservación y grandeza de Roma (Sobre la república, I 2). Esa unión de hombres en el interés común y en el derecho es la cosa pública por la cual bien vale la pena morir (De los Oficios, I, 17,57). Una comunidad política independiente que se autogobierna es la esencia del genio romano. Contra tiranos, oligarcas y demagogos reclama Cicerón la grandeza republicana. Los que ordenan y conservan las ciudades en el derecho y en el bien común salieron del cielo y a él vuelven (Sobre la república, VI 14). Esto es relatado en el famoso "Sueño de Escipión", con el que finaliza el fragmento del diálogo que ha llegado hasta nosotros. Pues "para todos los que hayan conservado la patria, la hayan asistido y aumentado, hay un cierto lugar determinado en el cielo, donde los bienaventurados gozan de la eternidad" (Sobre la república, VI 13). Maravillosa actividad que nos acerca a los dioses.

¿Y qué hay del cuidado de la naturaleza por parte de la política? Nada. O más bien poco, pues nuevamente un cierto culto a la madre tierra y no sólo a la patria política subsiste aún entre los romanos. En el relato del sueño de Escipión, el padre de Paulo rompe la nostalgia precipitada de su hijo, quien quiere morir y acabar con los infortunios militares y políticos de la vida terrena. Le reclama a su hijo que la piedad es amor en el servicio al legado de los progenitores, a la patria donde están enterrados éstos y a la tierra también. Paulo recuerda el deber primordial del ser humano y que bien haríamos los modernos en escuchar: "Porque los hombres fueron engendrados por esta ley, y deben cuidar de este globo que ves en el centro de este templo y se llama la tierra, y se les dio el alma sacada de aquellos fuegos eternos que llamamos constelaciones y estrellas" (Sobre la república, VI 15). Esta imagen literaria nos recuerda las fotos que Apolo XI tomó de un planeta azul suspendido en medio del universo, nave espacial llena de vida atravesando un mar de silencio; fotografía que tanto ayudó a extender la conciencia ecológica en los años setenta del siglo pasado.

Jerusalén

Si Roma tiene por padre fundador a Rómulo, Abrahán reclama ese derecho para con el pueblo judío. Si Solón es el legislador de Atenas, Moisés lo es de Israel. Mas su organización política es obra del pueblo judío en contra de sus profetas y ... la propia opinión de Dios. En el Libro de los Reyes encontramos que los judíos estaban cansados de no tener rey. Samuel, su profeta, les hace ver que el propio Dios es su rey y que los jueces interpretan y aplican su ley. Que su Padre le ha dicho que de nombrar reyes serán explotados económicamente y llevados a la ruina militar. Pero el pueblo de Israel reclama que los demás pueblos tienen reyes y que es la mejor forma de organizarse, sobre todo militarmente. De ahí en adelante tendrán reyes llamados a servir a su pueblo, con sabiduría, rectitud moral y respeto de la ley mosaica. Pero, ¡ay del pueblo de Israel!! , las profecías de Samuel se hacen efectivas y malos reyes abusarán de su pueblo y lo llevarán al exilio en Babilonia, a la destrucción del Templo de Jerusalén y al gobierno despótico en manos de griegos y romanos hasta culminar en la diáspora. Y de ahí en adelante, una abierta desconfianza a la política (12).

Debo reconocer que amo más esta última tradición que la griega y romana, en su concepción de la relación entre lo divino y lo humano, y también en lo que se refiere al vínculo que une naturaleza con humanidad.

Alguien ha dicho bellamente que "la gran obra de Israel fue la concepción de que podemos andar en este mundo con el paso confiado de un hijo en la casa de su padre" (13). Y en lo que nos importa el hijo ha recibido una tarea respecto de la tierra. Como sabemos, el libro del Génesis relata que tras crear al hombre a su imagen, como macho y hembra, Dios les da un mandato "Fructificad y multiplicaos, y llenad la tierra, y sojuzgadla, y señoread en los peces del mar, y en las aves de los cielos, y en todas las bestias que se mueven sobre la tierra" (Génesis; I,28). Será cuestión abierta en la historia si el señorío sea absoluto, arbitrario y despótico o se exprese en la administración del criado fiel. De todo habrá en la viña del Señor. Sin embargo, un hijo piadoso debiera gestionar los bienes del padre con diligencia y cuidado. No cabe duda que esa era su filial obligación.

Que el pueblo judío debe cuidar amorosamente la tierra lo prueban normas jurídicas y tradiciones judías como el año del barbecho y el jubileo. Estas fueron estatuidas hace más de tres mil años al asentarse por primera vez en Israel. Según la ley del barbecho "Seis años sembrarás tu tierra, y seis años podarás tu viña y recogerás sus frutos. Pero el séptimo año, la tierra tendrá descanso, reposo para el Señor; no sembrarás tu tierra, ni podarás tu viña" (Lv 25, 2-7) Cada cincuenta años, el sacerdote tocaría la trompeta recordando el día de la expiación. Se proclamaría que las tierras no eran de los hombres, que debían ser devueltas, y nuevamente repartidas con justicia. Así el pueblo de Israel recordaba que la tierra era de su Señor y estaba concedida su administración para todos, incluso para los pobres, el extranjero, el huérfano y la viuda, que tenían derecho a espigar y rebuscar. A esta razón religiosa se unen evidentes y bellísimas funciones sociales y ecológicas (14). Sin embargo, esta hermosa concepción que unía a Dios, la humanidad y la naturaleza no sentó doctrina ni se hizo jurisprudencia real y efectiva.

Conclusión: las ideas sí importan

Jorge Millas creía en el poder de las ideas. Es más, para ser tales, debían ser poderosas. "Las ideas viven no sólo de su verdad, sino también de su poder dinámico. Una noción o un principio que, por triviales, dejaron ya de interesarnos y no incitan ni a pensar ni a obrar, han comenzado por eso mismo a valer mucho menos, aunque su verdad permanezca intacta" (15). Y así concluía lo siguiente: "Una idea vive, así, de dos condiciones: de nuestro creer que es verdadera y de su capacidad para enriquecer la experiencia, impulsándonos a obrar" (16). En los mismos años que Jorge Millas reivindicaba el papel del "espíritu" en la historia de la humanidad, otro tanto hacía Isaiah Berlin. Éste, un 31 de octubre de 1958 dictó una memorable charla en Oxford en que defendió la libertad negativa del liberalismo en contra de la positiva que tanto seducía a los socialdemócratas. Me interesa destacar que dicha clarinada liberal partía con una fuerte defensa de la importancia de las ideas en el curso de la historia humana. A Berlin le parecía peligroso el descuido de las ideas pues "éstas pueden adquirir una fuerza ilimitada y un poder irresistible sobre las multitudes humanas hasta hacerlas tan violentas que se vuelvan insensibles a la crítica racional" (17). Las ideas concebidas en el despacho de un profesor podían destruir una civilización. Rousseau era el arma ensangrentada que utilizó Robespierre para decapitar el Antiguo Régimen, como Kant fue el puñal que mató el deísmo alemán y el romanticismo alemán de Fichte y Schelling, más el ideal de "súper hombre" de Nietzsche, se volvieron, bajo la dirección de Hitler, en contra del liberalismo occidental.

Hemos escrito, demostrado es mucho decir, que la política nace en Occidente como recta ciencia, pero entre sus tareas parece no estar el cuidado de la madre tierra. Si, como lo afirmaron Millas y Berlin, las ideas sí importan y producen efectos en la práctica ¿Nos debe extrañar que el olvido de la preservación de la naturaleza explique en parte el profundo quiebre entre humanidad y naturaleza acaecido el siglo pasado? Creemos que no.

- (1) Sergio Micco Aguayo; Abogado, Magíster en Ciencia Política y Doctor en Filosofía. Profesor del Instituto de Asuntos Públicos de la Universidad de Chile y Presidente del Directorio del Centro de Estudios del Desarrollo (CED).
- (2) Espinoza, Guillermo y Cuevas, Alejandra: El desarrollo y la conservación sustentable como opción de gestión del patrimonio natural y sustentable de Chile". Artículo CED no publicado.
- (3) Así lo sostiene Rafael Asenjo quien fuera primer Director de la Comisión Nacional de Medio Ambiente de Chile, Coordinador Ejecutivo del Fondo para el Medio Ambiente (GEF) del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo y Presidente del Directorio del Ced. Asenjo, Rafael; "Integrar la dimensión ambiental para construir desarrollo sustentable"; en: Hardy, Clarisa (Editora); Ideas para Chile; Lom; Santiago de Chile; 2010; pp.311.
- (4) Ver por ejemplo dos defensas de la política, en su concepción clásica y contemporánea: García-Huidobro, Joaquín; Simpatía por la política; Centro de Estudios del Bicentenario; Santiago de Chile; 2007; pp. 11-75 y Crick, Bernard: En defensa de la política; Tusquets editores; Barcelona; España; 2001.
- (5) Así lo constataba con horror Hannah Arendt al ver algunas de las reacciones maravilladas de la prensa norteamericana ante el primer viaje del Sputnik. Arendt, Hannah; La Condición humana; Paidós; Barcelona; España; 1993; pp. 13-14
- (6) Como recuerdan Guillermo Espinoza y Alejandra Cuevas "la visión predominante del desarrollo sostenible (...) (...) señala los elementos centrales constitutivos, tales como: i) la ubicación de los seres humanos como la razón de ser del desarrollo sostenible". Espinoza, Guillermo y Cuevas, Alejandra: El desarrollo y la conservación sustentable como opción de gestión del patrimonio natural y sustentable de Chile".
- (7) Díaz, Carlos; ¿Que es el personalismo comunitario?; Kadmos, Salamanca; España; 2002; pp.146
- (8) *Ibidem*.
- (9) Millas, Jorge: Ensayos sobre la historia espiritual de Occidente; Editorial Universitaria; Santiago de Chile; 1960.
- (10) *Ibidem*; pp.32
- (11) *Ibidem*; pp. 132 y 133
- (12) Así lo sostiene y critica radicalmente Hannah Arendt: Ver: Arendt, Hannah; Escritos judíos; Paidós Ibérica; Barcelona; España; 2009.
- (13) Citado en: Millas, Jorge; Ensayos sobre la historia espiritual de Occidente; Opcit; pp. 141
- (14) Ver: Gnuse, Robert; Comunidad y propiedad en la tradición bíblica; Verbo Divino; Pamplona, Navarra; España; 1987; pp. 72-105
- (15) Millas, Jorge: Ensayos sobre la historia espiritual de Occidente; Opcit; pp. 11
- (16) *Ibidem*, p. 11 y 12
- (17) Berlin, Isaiah; Sobre la libertad; Alianza Editorial; Madrid; España; 2008; pp. 206.